

## JOSÉ LÓPEZ ALMAGRO Y SU *COLASÍN*

## JOSÉ LÓPEZ ALMAGRO AND HIS *COLASÍN*

M.<sup>a</sup> MERCEDES GUIRAO SILVENTE  
*UNED*

### RESUMEN:

En 2021 se cumplían cien años de la publicación de la novela *Colasín* del escritor murciano José López Almagro; la cual, pese a su admirable valor testimonial y costumbrista, sigue siendo una gran desconocida. Este artículo plantea su desviación del regionalismo idealizado propio de la literatura murciana de su época y la abre a su relación con la literatura de la Generación del 98, matizando algunas afirmaciones que se han hecho sobre la endeblez de su estructura narrativa.

### PALABRAS CLAVE:

*Colasín*, José López Almagro, costumbrismo, Generación del 98.

### ABSTRACT:

In 2021 it was one hundred years since the publication of the novel *Colasín* by the Murcian writer José López Almagro; which, despite its admirable testimonial and costumbrist value, continues to be a great unknown. This article discusses his deviation from the idealized regionalism typical of the Murcian literature of his time and opens it to its relationship with the literature of the Generation of '98, clarifying some statements that have been made about the weakness of its narrative structure.

### KEYWORDS:

*Colasín*, José López Almagro, costumbrist, Generation of '98.

José López Almagro (1892-1931)<sup>1</sup> nació y creció –como su *Colasín*– en Puebla de Soto, una pequeña aldea de la vega del Segura a tan solo seis kilómetros de la capital murciana, en el seno de una familia sencilla de la huerta. Desde muy joven fue un

---

<sup>1</sup> Los datos biográficos de López Almagro han sido extraídos de la “Biobibliografía sucinta” de Jesús Jareño López, que abre su edición de *La educación del porvenir* (1986: 65-75).

ávido e inteligente lector, crítico e inconformista con muchos saberes tradicionales aceptados por inercia, que puso en cuestión a través de su particular racionalismo y de un gran sentido ético, cimentado en los pilares básicos de Platón y Cristo (Navarro, 2005: 198). Estudió por vocación y con notas brillantísimas la carrera de Magisterio y obtuvo, en febrero de 1918, el nº1 en las oposiciones de ámbito nacional, celebradas en Madrid (Franco, 2015: 214), entendiendo la cultura como un arma imprescindible para luchar contra las injusticias sociales que socavaban su ánimo y que lo conducirían pronto al compromiso político. Así, con su discurso inteligente y vigoroso participó, desde 1914, en los mítines de la Federación Agraria de Levante, fundada por Juan Velasco Espinosa y dirigió el diario *Levante Agrario*, con la esperanza de conseguir mejoras concretas para los problemas laborales de los más desfavorecidos. Y todo ello sin descuidar su labor docente en la escuela aneja a la Normal de Murcia, donde ejerció con auténtica pasión su oficio de maestro: “Yo habría emigrado de Murcia y de España si no fuera por los niños. Son ellos, únicamente ellos, los que me han enseñado el problema de la vida en toda su hondura; [...] ellos, los que desarrugan mi frente y llenan de fresco rocío mi corazón cuando torna endurecido por tantísima vileza humana” (Jareño, 1985:11).

Fue elegido en 1920 concejal agrario del ayuntamiento de la capital y reelegido en 1922. Asistió, como representante electo del Magisterio murciano, a distintas asambleas y congresos de pedagogía, simpatizando con las reformas que proponía la llamada Escuela Nueva, la de la Institución Libre de Enseñanza, que abogaba por un aprendizaje menos memorístico, más comprensivo y cercano a la realidad del niño, abierto al contacto con la naturaleza, en una España donde se invertía muy poco en la educación pública. Pronunció, de este modo, diversas conferencias sobre educación en los paraninfos universitarios de Valencia, Murcia, Círculo de Bellas Artes, Escuela Normal y Casa del Pueblo de Madrid. Colaboró asiduamente con *El liberal de Murcia* y *Magisterio de Murcia*, publicó esporádicamente artículos en las Páginas Pedagógicas de *El Socialista* y, como especialista en agricultura, en la revista *España*. Bajo la dictadura de Primo de Rivera, dirigió la revista *Inquietud*; semanario independiente que, tras veintidós números, se suspendió de forma voluntaria, para no verse obligado a torcer su pensamiento. Asimismo, en estos fructíferos años, vieron la luz sus obras ensayísticas y literarias, íntimamente relacionadas con las inquietudes regeneracionistas y noventayochistas propias de las primeras décadas del siglo XX: *Los problemas de la tierra* (1920); *Colasín* (1921); *Meditaciones y lecturas (A propósito de Antonete Gálvez)* (1922); *Juana la Carducha* (1924) y *La educación del porvenir* (1925). Los artículos publicados en *El liberal* y *El Socialista* en 1924-25, han sido recogidos en el volumen *Horas de Soledad*, editado en 1985 por Jesús Jareño López, quien ha puesto gran empeño en la tan merecida reivindicación

de este escritor murciano, al que califica de “lucha”, de “fuerza borbotónica”, de “despertador de personas” (1986: 49):

Yo vivo bajo un cielo que parece el manto desplegado de una Purísima de Murillo; yo respiro un aire cargado con los perfumes de los naranjales en flor; yo espacio mi vista desde los balcones serranos, sobre el conjunto de caseríos que semejan nidales de palomas; yo me sumerjo en la maravillosa sinfonía nocturna que entona el arpa gigante de mi huerta, con cuerdas de acequias y cantares de mozos en celo; pero también vivo en contacto con unos creadores de riqueza, que arrastran la cadena de un servilismo degradante, y de unas clases directoras, en cuyos cráneos rebota cualquier idea de justicia, cualquier inquietud progresiva. ¡Dichosos los que, a las bellezas de una patria material fecunda, hayan logrado añadir las superiores bellezas de una envidiable libertad moral! En mi región (que es España) aún estamos al principio de la cuesta; pero la subiremos, – ¡qué duda cabe! – siquiera algunos hayamos de ir dejando en los matorrales de la incultura y de los intereses creados, los girones de nuestra vida (Jareño, 1986: 8).

Pero el ávido y enérgico brillo intelectual y político que López Almagro alcanzó en la década de 1920 se apagaría de forma súbita e inesperada a partir de 1927; momento en que una cruel enfermedad mental le hace perder la razón. Moriría tan solo cuatro años después, a los 39 años, dejando inédito un diario escolar titulado *En el umbral del misterio educacional*; la novela *El arca de Noé* y un boceto de la segunda parte de su *Colasín*. En el homenaje póstumo que al escritor de Puebla de Soto se le hizo en el teatro Romea de Murcia en febrero de 1932, el insigne humanista y catedrático de Derecho Mariano Ruiz-Funes –al que lo unía la afinidad política y el regeneracionismo inspirado en las ideas de Joaquín Costa–, destacó la firme y valiente lucha de López Almagro contra el caciquismo murciano como símbolo de “la protesta de la inteligencia contra el cretinismo” (Jareño, 1986: 41). La fuerza de su compromiso político y social con los más desfavorecidos estuvo siempre muy vinculada, además, a una profunda y muy personal conciencia religiosa. Recordemos que el mismo López Almagro confiesa en su obra inédita *Ante el umbral del misterio educacional*, que ningún libro le había influido tanto como la Biblia y que cuando leyó después a Darwin y a Haeckel “todas las razones materialistas no pudieron aventar el poso de religiosidad amplia y profunda que había dejado” (Jareño, 1986: 66). Su socialismo es platónico-cristiano, admirador de un Dios creador, bueno y generoso, al que debemos unirnos libre y armoniosamente a través de la ética y buena voluntad, y enamorado apasionadamente del Jesús del Sermón de la Montaña, tan cercano a los más débiles. Pero muy crítico con esa imagen del Dios vengativo e implacable que, a su juicio, se había encargado de extender la Iglesia Católica para someter a sus fieles: “La razón de mi anticatolicismo la encontré en el dogma del pecado original,

niebla sombría a través de la cual todos los hombres son fundamentalmente malos. Yo creo en el bien, en la justicia, en la libertad, porque mi Dios, el que me revela por intuición la conciencia, es Justicia, Amor, Libertad y Bien” (Navarro, 2005: 198).

En el breve e intenso entramado ficcional de *Colasín*, la compleja ideología social, pedagógica y religiosa de José López Almagro adopta la forma literaria del más bello y fiel costumbrismo. Su protagonista es un niño pobre de la huerta que va despertando a la vida en la Puebla de Soto de principios del siglo XX; con descripciones entrañablemente realistas y personajes que reproducen, en sus vivos y jugosos diálogos, lo más “prístino del dialecto murciano” (Jiménez Madrid, 1990: 233). La idiosincrasia de la huerta de Murcia nos es presentada con tanta sinceridad, con tan profundo cariño que, después de un siglo, la seguimos sintiendo llena de vida y de una naturalidad desbordante. Sin embargo, esa hermosa huerta es también en *Colasín* el espacio que ahoga al muchacho protagonista y, por ende, al propio autor; un ambiente hostil capaz de embrutecer y esclavizar a sus humildes y sacrificados trabajadores, frustrando cruelmente la realización libre del individuo. Las alegres canciones y juegos infantiles, la frescura popular de los usos y labores de antaño desembocan, a menudo, en escenas caracterizadas por una tremenda amargura, en ese difícil equilibrio entre idealismo y positivismo que define el pensamiento de López Almagro. Como afirmaba Fernando Piñuela en 1922: “*Colasín* es una novela regional que plantea un problema de un fundamental universalismo. La oposición entre el individuo y la sociedad actual, mejor aún, entre el hombre en su estado de naturaleza y preso en las sutiles redes de la corrompida organización social” (Jareño, 1990:150). Y, más recientemente, M<sup>a</sup> Ángeles Moragues ha destacado, además, lo cerca que está la narrativa de autores murcianos como José López Almagro y el yeclano José Luis Castillo-Puche, de la de Pío Baroja. Sus personajes se caracterizan por su extrañeza, por sentirse al margen de una realidad que descubren hostil:

Con esto llegamos a la afirmación de que los pueblos y ciudades vienen a ser microcosmos bastante obtusos para estos héroes de la vida, luchadores de pro y, aunque seres de papel, modelos con equivalencia real. Tanto los de Baroja como, por similitud, los de López Almagro y los de Castillo-Puche están restringidos por los emplazamientos físicos donde acontece su andadura vital, áreas que constituyen un espejo del conjunto geográfico que era España (Moragues, 2016: 267).

Los XXI capítulos que componen *Colasín* nos presentan, en efecto, la historia de este huertano desde su nacimiento hasta la prematura muerte de su madre, siendo él todavía un niño. Pero un niño que, pese a su corta edad, muestra una sensibilidad fuera de lo común y se enfrenta con situaciones que lo hacen madurar en poco tiempo y comprender la triste realidad que asola al huertano pobre; injusta situación contra la

que se rebela con la valentía y determinación de un adulto en el último capítulo (“¡Yo romperé la costra!”). El pensamiento social de López Almagro, como ha señalado Domingo Navarro Ortiz, se incluye dentro de una corriente ilustrada más amplia, que en la Murcia de las primeras décadas del siglo XX comprende a autores tan significativos como Vicente Medina, Pedro Jara Carrillo y el mencionado Mariano Ruiz-Funes –entre otros–, empeñados en mostrar cómo “las relaciones de producción hegemónicas estaban lacerando la cohesión de esa sociedad” (2005:176). Este autor recuerda, por ejemplo, dos obras teatrales de Vicente Medina, *El rento* (1998) y *¡Lorenzo!...* (1999)<sup>2</sup>, donde –como en *Colasín*– se describen las pésimas condiciones laborales de los huertanos, explotados por los propietarios ricos (Navarro, 2005:177-178). E, incluso, podríamos advertir esa denuncia social tan cercana a la de López Almagro, en algunos de los poemas más conocidos de sus célebres *Aires murcianos* (1998)<sup>3</sup>:

¿Ande hay ná como la güerta  
siempre entapizá de flores?  
¿Ande hay ná como este suelo,  
cuajão de bendiciones,  
en el que, por cá granico,  
mil granicos arrecoges?  
Las tierras no son malas...  
la maldá la tién los hombres:  
los de arriba, porque llevan  
acõraos a los probes...  
los de abajo, porque aguantan  
que los otros los acoren  
(Díez de Revenga, 1985: 44).

El costumbrismo va indisolublemente unido en *Colasín* a esa crítica social que busca ávidamente el avance de una Murcia y una España estancadas, dormidas en el pasado y gobernadas de forma egoísta por los propietarios de las tierras: “sobre

<sup>2</sup> *El rento* fue muy elogiado por el mismo Azorín, quien en un artículo aparecido en *El Progreso* el 22 de febrero de 1898 afirmaba: “El Rento es una hermosa obra, un cuadro o canto, sentido, conmovedor, de costumbres campesinas [...]. Es el drama del labriego, de la ruda gente del campo, embrutecida por el trabajo feroz de todo el día, explotada por el amo” (cita de Díez de Revenga, 1985:20).

<sup>3</sup> Francisco Sánchez Bautista dice que los títulos de sus poemas son “coloquiales y tiernos como esos hombres sufrientes y solidarios a quienes iban destinados; es decir a unas gentes que no tenían otro camino que la pobreza y la emigración” (1987:165). Por su parte, Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco en su *Historia de la literatura murciana* explican la impronta social del costumbrismo de Vicente Medina y destacan el poema “Cansera” como significativo del “desaliento ante las adversidades que sufre el huertano desde muchos ángulos: guerra, hambre, sequía, muerte...” (1989: 338).

el desolado cementerio del hogar huertano, acude el cuervo de la usura, el buitre del fisco, el chacal del rento, llevando entre sus garras el Código Civil”<sup>4</sup> (p.30). Esos caciques –que Joaquín Costa definiera como “hombres sin conciencia, capaces de convertirse en agentes de violencia, tiranía y corrupción” (1975)– no solo se llevarán su dinero, sino también su dignidad, teniéndolo siempre a su merced: “Llegará el usurero, llegará el amo, y con tono despótico le dirán: –“pon tu conciencia a mi servicio, que la necesito”. Y cuando su virilidad de hombre quiera protestar, le recordará aquel favor y como un latigazo surgirá la amenaza de la cárcel o el desahucio...” (ibid.). López Almagro se pone “al lado de los débiles, como su héroe regional republicano: Antonete Gálvez Arce” (Franco, 2015: 217); de los trabajadores de la tierra que sufren en silencio las injusticias de esa oligarquía surgida a raíz del Desastre del 98. Y, lejos de esa literatura costumbrista regional concebida para servicio y deleite de las clases altas, que dejaba las cuestiones sociales en un “segundo o nulo plano” (Candel, 2021:16), manifiesta abiertamente, a través de su joven y dinámico protagonista, su voluntad reivindicativa.

También en Pedro Jara Carrillo, muy celebrado por sus poemas coloristas de inspiración modernista, encontramos en ocasiones “una preocupación por la decadencia de España, muy cercana a los planteamientos noventayochistas” (Llanos de los Reyes, 1991: 223). En poemas como “Vox populi” muestra su firme adhesión a los humildes (“yo soy de ese pueblo que sufre y que calla”) y el guiño social asoma en su novela costumbrista *Las caracolas* (1920). Así, su protagonista, el joven Antonio, de ideas liberales, llega a expresar a Don Gonzalo: “Yo creo que la tierra se debe repartir entre todos los trabajadores de la huerta, haciendo arrendamientos proporcionales que permitan vivir a todas las familias, cortando el abuso de que acaparen unos cuantos, y conviertan en miserables jornaleros, cuando no en emigrantes, a la inmensa mayoría de los huertanos” (1964: 174). Con el carismático Jara Carrillo –director de *El liberal* desde 1911 hasta su muerte, en 1927–, compartió López Almagro importantes e incansables reivindicaciones sociales, culturales y políticas<sup>5</sup>. En 1922, el célebre autor del “Himno a la Fuensanta” le dedica efusivos elogios por la reciente publicación de su *Colasín*, animándolo a seguir por el camino del costumbrismo para

<sup>4</sup> Esta y todas las citas que se hacen de *Colasín* están tomadas de la edición de Jesús Jareño López (1990).

<sup>5</sup> Ambos, directores de dos periódicos reivindicativos, entraron juntos como concejales al ayuntamiento de Murcia en 1920 y su admirable energía argumentativa en favor de las clases populares, desarmaba, muy frecuentemente, los discursos de los conservadores: “Desde que Jara Carrillo y José López Almagro se incorporan a los Comicios municipales, la vida edilicia se vuelve terriblemente dura para el alcalde [...] Cada sesión tenía que ser para él de angustia, pensando ¡por dónde y cómo me atacarán estos!” (Cano Benavente, 1986:220).

engrandecer la literatura regional murciana: “Los que hemos contemplado de cerca esta vida del hogar huertano, no tenemos más remedio que reconocer que el libro de José López Almagro es una fotografía, o mejor aún, una colección de retratos llenos de vida humana y con paisajes escogidos y bellísimos”(Jareño, 1990: 154). Sin embargo, el marbete “boceto de novela regional” introducido en el título, había dado pie a que *Colasín* se concibiera como un conjunto de cuadros, de gran fuerza costumbrista, con extraordinario encanto popular y dialectal, pero sin la suficiente trabazón argumentativa como para ser calificada propiamente de “novela”. Así, en esa misma crítica, Jara Carrillo puntualizaba sobre la obra:

Hemos visto en este libro una cosa así como si contempláramos en un pintoresco solar acopiados soberbios materiales capaces de construir un palacio: jaspes en bloques atrevidos, hierros en montones informes sin moldear, mármoles de gran solidez, sin cincelar, lienzos manchados en bocetos emocionantes; todo cuanto el edificio necesita, pero aunque el palacio está allí en montón, el palacio está sin construir [...] Es una lástima que el señor López Almagro no haya hecho la novela, ya que ha dibujado tipos tan fuertes y tan bien observados. Y eso es el libro que nos ocupa, un estudio acabado de observación y una bocanada de sinceridad sentimental. Con muy poco más hubiera podido ser un “Corazón” como el del escritor italiano o un “Pelo de zanahoria”, como el del novelista francés, aunque de los dos lleva la emoción y el cuadro (Jareño, 1990:153-154).

El hijo predilecto de Alcantarilla echaba la culpa de esta deficiencia a la labor periodística de López Almagro, pues creía que la reivindicación social y la reflexión filosófica ahogaban la concepción artística del texto, la cual era, sin duda, la más importante y deseable para consagrar a un autor a la vida de la fama: “[...] las flores de un día de los artículos periodísticos, son rastros de sangre que vamos dejando sin sentir en las planas impresas, sangre que luego nos hace falta para la obra perdurable, si es que la llevamos en el corazón” (ibid.). José Cánovas Albarracín ponía en duda, incluso, que *Colasín* pudiera calificarse de “boceto de novela” por ese escollo de intelectualidad que, a su parecer, lo alejaba de la emoción literaria: “Considerada literariamente indefinida esta obra, si algún defecto tiene es el de su intelectualidad. Le pasa lo que a los versos de Unamuno, que no son bellos, pero son intelectuales; y lo contrario que a las poesías de Vicente Medina, que no son intelectuales; pero ¡qué bellas!” (Jareño, 1990: 158).

Lo cierto es que siendo la novela un género tan flexible como la práctica totalidad de la crítica literaria admite y con la perspectiva actual –tras los experimentos novelísticos del siglo XX–, ya no habría reparo en incluirla (a pesar de su brevedad,

abocetamiento e intelectualismo), dentro del género novela<sup>6</sup>. Baquero Goyanes advertía que “tratándose de un género que vive, frecuentemente, de lo que de los demás pueda tomar, no debe extrañarnos que suela cruzarse con el que en su siglo predomine” (1993: 55). López Almagro impregna su relato, como Unamuno y otros noventayochistas, de reflexiones filosóficas muy personales, influido por ese apego al ensayo propio de la época. El argumento avanza de forma coherente al hilo de comentarios y digresiones intelectuales del autor implícito, que tiene muy en cuenta al lector (implícito y explícito), como parte importante de la comunicación literaria. Y que hasta supone cómo se están interpretando sus palabras, adelantándose a su recepción: “[...] salía a la huerta con el fin de realizar la ocupación importantísima de “buscar niños”. ¿Os reís? Pues tened en cuenta que no es cosa de risa, ni mucho menos; tan seria es que hasta la religión tiene que ver en el asunto...” (p.101). En otras ocasiones, ese autor implícito llega a increpar a su protagonista y se expresa, incluso, con algún término propio del dialecto murciano reservado para los diálogos de los personajes:

Y a ti, pobre rapaz, ¿de qué te sirve estar tirando continua y furiosamente de la cordeta en que penden campanillas y cencerros, –mientras añoras las libres correrías por los huertos–, si hay unos gorriones sin alas a quienes no intimida el terrorífico ruido? ¿No observas cómo en aquel extremo del bancal, se mueven las espigas sin que corra una gelepa de aire en la calma chicha de la siesta?” (p.104).

Ese juego entre ficción y realidad de ecos cervantinos es también un rasgo que acerca a López Almagro a la narrativa del 98. Encontraremos, de este modo, lo que Darío Villanueva llama la función *metanarrativa del autor implícito*, “que tiende a comentar las peculiaridades formales del propio discurso transmitiendo al lector algo así como su andamiaje y tramoya interiores” (1992:24), en relación con ese término de “boceto” al que nos hemos referido. Observamos, en no pocas ocasiones, que este autor implícito se toma la libertad de comentar cuestiones sobre la perspectiva

---

<sup>6</sup> El profesor Manuel Martínez Arnaldos afirma que el término “boceto de novela” con el que López Almagro subtítulo su *Colasín* –en la línea de otros similares, como “intento de novela”, “esbozo de novela”, “novela comprimida” ...–, es frecuente para designar al escurridizo género de la novela corta en las primeras décadas del siglo XX. Este autor explica cómo la novela corta de esta época se aleja de la intensidad del cuento, al que había estado muy unida, para acercarse a la maleabilidad de la novela, influida por su publicación en revistas y periódicos y por el afianzamiento de la lectura entre un público más popular (1993:13-48). Sobre nuestra obra afirma que: “la sencilla trama sirve como pretexto para introducir anímicamente al lector, de la mano del niño Colasín, por las sendas de la huerta y de las costumbres murcianas; sobre la base de una descripción eficaz, de perfecto acople entre el sentimiento del autor y su adecuación a unos fines sociológicos concretos” (1993: 315) y la sitúa entre novela corta y novela, aunque reconociendo la dificultad de deslindar entre ambos géneros.



adoptada por ese narrador tradicional que tendería a embellecer los hechos si él no velara por una visión más realista y fiable de la situación:

Un novelista de esos que no ven en todo más que impulsos o derivaciones del instinto genésico, tal vez aprovechara la llegada del personaje central a este punto, para sacar monstruosas deducciones y algún idealista exagerado para justificar cómo puede haber puros amores de toda la vida; pero nosotros, más modestos o menos atrevidos, nos limitamos a señalar el hecho y garantizar su absoluta veracidad (p.53).

Claro está que por mucho que el autor se esforzara en hacer creer que la tal negrura se debía a una causa enigmática, perdería lastimosamente el tiempo; pues el motivo verdadero estaba en que allí no se quemaban más que mochocos, alcazabas, rastrosos, yerbajos, en fin, que producían una superabundancia de humo, que no tenía salida por ninguna parte (p.134).

Por otro lado, encontramos al personaje que se convierte espontáneamente en narrador dentro de la ficción. El simpático tío Leña (este filósofo de la huerta que –como Iturrioz– tanto influye en el pensamiento de su sobrino a partir de las conversaciones que tiene con él), cuenta a Colasín, a lo largo del capítulo XIX, ciertos sucesos de brujas que a su vez le refirió su abuelo cuando él era pequeño. Y da cuenta de unas magníficas habilidades narrativas, nacidas de la práctica oral folklórica de tantas generaciones, que consiguen dejar boquiabierto y sumamente impresionado a su inocente e imaginativo receptor. Su voz y su punto de vista narrativo se funden con la perspectiva tan poco fiable de su abuelo, que aparece como protagonista de estas historias sobrenaturales, entrando en contacto directo con esas brujas de la zona que “lo tomaron entre ojos” y se lo llevaron un día tan lejos que cuando lo volvieron a dejar “en el cruce de los caminos de Alcantarilla, La Ñora y la Puebla”, traía una rama de pimienta de más allá de los Santos Lugares (p.127). El tío Leña reproduce, incluso, las palabras de lo que escuchó su abuelo en los aquelarres, aunque con tanta gracia y socarronería que la risa anula al miedo. La ambigüedad tanto del tío Leña con ese “te diré y no te diré” (donde se juega con la frontera entre verdad y fantasía, entre objetividad y subjetividad narrativa), como de su abuelo (con su fama “d’embustero y trapalón”), terminaron por martillar furiosamente sobre “el yunque del buen sentido” de Colasín que, harto de tanto ser y no ser, se marcha, decepcionado, a jugar con sus amigos, sin la respuesta que venía a buscar.

El niño protagonista, como en las novelas de aprendizaje, establece una lucha con el entorno que lleva a un cambio, a una evolución, que es también característica consustancial del género narrativo y que desmontaría esas críticas coetáneas que dudaban de su entidad novelesca. De esta forma, podríamos relacionar a López Almagro, de nuevo, con Pío Baroja, defensor de la permeabilidad de la novela en

el prólogo que en 1925 escribió para *La nave de los locos*. Ambos, por la similitud entre sus héroes predilectos –siempre en continua búsqueda– y por su carácter de escritores luchadores e inconformistas, necesitan dar rienda suelta a sus anhelos de libertad a través de un género “siempre en trance de revolución y siempre dispuesto a escapar de toda regla” (Baquero Goyanes, 1993: 53-54). Al dinamismo extremo de Colasín, que se escapa de su lóbrega casa en cuanto puede arrastrarse por el suelo, se refiere muy certeramente su padre, el tío Mohíno, cuando en el capítulo V, al buscarlo en la huerta del tío Charrancha –paraíso de libertad y estímulos para el pequeño–, se pregunta si su hijo está hecho de “rabos de salamanquesa” (p.40). Y es que, como en el caso del Andrés Hurtado barojiano, ante el egoísmo y la incomunicación que reina en el ambiente familiar, “busca una salida, una orientación provechosa a su vida en la que desarrollar su yo y realizarse como persona” (Moragues, 2005: 267). Muy significativa es, en este sentido, la rebeldía de este “arrapiezo simpático y ágil, que tiene azogue”, ante los requerimientos de su progenitor:

Y el pobre Colasín, con el corazón encogido como uno de aquellos pajarillos que le miraban, tornaba a la realidad, se acordaba de que más allá del huerto del tío Charrancha, la vida era una trabazón de derechos y deberes, de trabajo y mal humor; y mientras, a su manera, se daba cuenta de cuán fugaces son los sueños de libertad y belleza, procuraba escabullirse por el opuesto extremo al que sonaba la voz de su padre, con el fin de conformarlo con cualquier excusa, con cualquier mentira que al fin y al cabo, es la flor más fecunda que brota en los jardines del miedo... (pp. 40-41).

La oposición entre la quietud costumbrista y la tendencia al movimiento de su rebelde protagonista es el elemento esencial de la estructura narrativa de la obra. El impulso hacia la libertad del niño va *in crescendo* a través del enfrentamiento con diversos escollos que se articulan en torno a cuatro momentos muy regulares en extensión (5-6 capítulos), cada uno de los cuales acaba con una situación climática cada vez más aguda que empuja siempre hacia arriba la rebeldía de Colasín, hasta alcanzar su punto más alto en el fundamental capítulo XXI. El primer momento abarca del capítulo I al V, que describe la oscuridad y miseria del hogar huertano donde nace y su huida estimulante hacia la bella naturaleza murciana, que le abre el camino de la libertad. De los capítulos VI al X, Colasín se desenvuelve al aire libre, divirtiéndose con otros niños y demostrando su vitalidad y valentía, que le trae el amor de Josefica y la rivalidad con Romo, el hijo del cacique, cuya envidia será motivo del clímax tan intenso del capítulo X. Si en la primera parte las descripciones iban desde la oscuridad del hogar huertano hacia la luz; en esta segunda parte, de las bellas descripciones del exterior, centradas en los juegos y canciones de infancia, se camina (si bien muy despacio, porque Colasín retarda todo lo que puede ese momento), hacia el interior

de esa casa rancia y lúgubre donde –como a Lázaro de Tormes con el toro de piedra–, su padre lo hace despertar a golpe seco de *gayá*, generando en él una insumisión ante la injusticia que acaba en una huida de la casa familiar. Del capítulo XI al XVI encontramos a Colasín viviendo en casa de su tío Leña, cuya limpieza y optimismo son totalmente opuestos a la acritud de su hermano Mohíno. Allí encuentra cariño y aprende de las labores huertanas, dando rienda suelta a su energía. Las descripciones son de nuevo prolijas y risueñas, en un ambiente exterior y luminoso. Sin embargo, la envidia hace nuevamente acto de presencia: Romo y el Sabina intentan ahogar a Colasín, que hubiera muerto si no llega a ser porque lo salva el tío Vila. Este acercamiento a la muerte que anuncia el trágico final representa un nuevo momento climático, aún más intenso que el anterior, que lo hace volver, de nuevo, al hogar familiar. Finalmente, de los capítulos XVII a XXI, la descripción paisajística cede terreno a la psicológica (Don Lermes, Rosa, la tía Blasa), pues Colasín ha madurado y es más consciente de las actitudes humanas. Su espíritu caviloso no descansa y, a veces, se ve derrotado por la incompreensión de los que lo rodean, solo ante un mundo de ignorancia y superstición que la escuela, con sus métodos obsoletos, no puede salvar. Esta evolución se corona definitivamente en el capítulo XXI, en el que se reconcilia con su familia a través del abrazo que le da su padre. El agrio y seco tío Mohíno, sobre el que pesa la dureza de un trabajo duro y sin recompensa, que se muestra siempre arisco con su esposa e hijos –totalmente animalizado al principio de la obra–, va mostrando su corazón poco a poco, sintiendo en silencio el dolor de tener que pegar a su hijo por el capricho de la mujer del cacique o la impotencia por no poder protestar ante la vil agresión cometida contra él. Pero, sobre todo, ante el lecho de muerte de la tía Reonda, pronuncia unas profundas palabras de arrepentimiento que lo humanizan, haciendo mella en Colasín y facilitando el clímax final y definitivo de la obra:

El hombre güeno que habla connmigo a solas, el que está desahogando sus penas en ti, ese ha estao casi siempre ahogao en el fondo, sin que yo mesmo sepa por qué. Hay veces en que me represento a las personas, como esos bancales que en un viento del norte ha secao la lluvia caída recientemente sobre la tierra esponjá por la sembraúra: la costra durísima que se forma, impide que broten las tiernas hojas de trigo, pero no las de junza, cortantes como la cuchilla de una pica. ¿No crees tú, Colasín, que pesa sobre nosotros una costra así, que solo deja salir la junta de nuestras acciones? (p.143).

Colasín decide entonces seguir la vía de la acción marcada por el tío Leña: coger el rastrillo y romper la costra “para que salgan al sol las matas del pan bendito...”. Si en el primer capítulo el autor implícito se preguntaba “¿qué misión tendría él [Colasín] que cumplir en aquel ahumado antro donde la miseria, ahogando los sentimientos

más legítimos, había puesto en los corazones una costra de feroz egoísmo?” y pensaba que “la madeja enigmática del destino” no llega a desentrañarse hasta la llegada de la muerte (p.16); en ese momento de máxima tensión climática que marca el final de la novela, el mismo Colasín se atreve a responder a esa pregunta con ese “Yo romperé la costra”.

La obra despliega un amplio elenco de personajes secundarios, situados en cuadros costumbristas precisos y variados por los que el personaje principal se va paseando. Su técnica es similar a la que Llanos de los Reyes señala para *El árbol de la ciencia*: “En torno a la figura principal se arremolina toda una nutrida galería de tipos más o menos curiosos, más o menos importantes [...] muchos de los cuales se asoman tímidamente, para desaparecer de modo definitivo a las pocas líneas, pero todos constituyentes determinantes de la historia que Baroja quiere contarnos” (2002). Y es que, homenajear a Cervantes, describe a Andrés Hurtado a través de las reflexiones, sentimientos, reacciones...que va experimentando a su paso por distintos ambientes “para que éste cumpla su función de hilo conductor del relato, llevándonos en incansable trote por los distintos lugares que con su presencia van relacionándose, urdiendo de esta forma el entramado social de la novela” (Ibíd). La mirada de Colasín, comentada y ampliada, a menudo, por el poderoso autor implícito, nos pone en contacto con personajes tan auténticos como Paco el Fraile; ese huertano trabajador y honrado que pierde su hermosa cosecha de los sotos en una riada y cuya reacción trágica provoca en Colasín “una impresión de miedo, de lástima, de dolor y angustia, que jamás pudo olvidar” (p.47). O con la breve y emotiva historia del tío Jarapa; ese entrañable borracho, simpático con todo el mundo a pesar de su tristeza y defensor de Antonete Gálvez, que muere ahogado en la acequia con un chiste en la boca: “Nene, di que me muero con la boca cerrá pa que no entre el agua” (p.51). También entrarían dentro de estos personajes positivos las dos niñas amadas por Colasín, adyuvantes en su avance, que mantienen cierta continuidad en la novela: su diligente hermana Carmencita, “cuyo solo recuerdo le hacía sonreír de gozo” (p.76), que pone cierta luz y limpieza en el hogar familiar. Y la dulce Josefica, con quien comparte juegos y a quien ofrece siempre lo mejor que consigue, como el caballero a la dama de sus sueños. Estos personajes tienen una breve aparición, pero marcan el espíritu de Colasín, enseñándole la dignidad y bondad humana. Ayudan a que Colasín no sucumba al determinismo y mantenga ese idealismo inconformista, esos “pájaros en la cabeza” que Almagro considera tan propios de la naturaleza humana: “El hombre es por excelencia, un animal descontento, inquieto, que tiene el presentimiento de una vida mejor, y a conseguirla dirige la mayor parte de sus esfuerzos” (p.76).

Frente a estos personajes positivos, observados desde la simpatía ideológica, nos encontramos con la despectiva e irónica descripción de las oscuras y chismosas comadres, dedicadas a asistir a partos, enfermedades y duelos sin hacer nada útil (p. 16), a las que envidiarían las mismísimas sibilas de la capilla Sixtina de tanto que creen saber (p.122). O la caricatura que se hace de D. Lermes, que enseña a golpe de palmeta a los niños, más preocupado de la disciplina que de su aprendizaje y que recuerda, en su antipatía y severidad, a ese profesor de Botánica (“viejecillo seco y malhumorado”) que encontró Andrés Hurtado a su llegada a la Facultad de Medicina, el cual les soltó nada más entrar que “de él no se reía nadie, ni nadie le aplaudía como si fuera un histrión” (Caro Baroja, 2007: 36). De esta forma, Colasín, que lo había visto por la calle prodigando “sonrisas almibaradas y genuflexiones parabólicas”, halla a D. Lermes transformado en un majestuoso “emperador” en su aula, representando ahora el papel de cruel e intransigente en ese gran teatro que es la vida. Muy curiosa es en este sentido, la reflexión del autor implícito sobre la elaboración de esta caricatura, que vuelve a sobreponerse al narrador omnisciente para jugar entre ficción y realidad y lograr, con su característica ironía, la complicidad del lector:

[...] y si bien el D. Lermes literario nos saldría más completo coronándolo con una calva inconmensurable y reluciente, hemos de decir, fieles a nuestro sistema, que los cabellos negros alternaban con los blancos, en la corta cantidad que permitía aquel cráneo del tamaño de un melón canario, –esos pequeños melones que produce nuestra huerta en sus primeras cosechas. Tenía la piel amarilla, con esa tonalidad especial que pone el cáncer o la abundancia de bilis, y que cuando se da en una persona de voluntad avasalladora para la crueldad o el dominio toma los nombres de Tiberio, Calvino, San Ignacio de Loyola... Si ahora incrustáis en esa piel unos ojos hundidos, y unos dientes blanquísimos que se exhibía en permanente sonrisa, mueca, rictus de rabia contenida, o como queráis llamarle propia de las gentes que parecen decir: “¡qué ganas tengo de morderle a uno la nuez, y qué poco se me importa!”– se comprenderá la sugestión que D. Lermes causaba sobre sus discípulos y de la cual no se libró Colasín desde los primeros momentos (p.118).

El deprimente ambiente universitario provoca el pesimismo y la apatía del joven Andrés Hurtado. Y Colasín, que tanto aprendía de la observación directa de la naturaleza, de los juegos y, especialmente, de las canciones –siendo la música aplicada a la palabra defendida por Almagro en su ensayo pedagógico *La educación del porvenir* como método de enseñanza (Moragues, 2016:269)–; se encuentra prisionero en una escuela triste y gris, que no fomenta la curiosidad ni la creatividad: “sentía en su cerebro una fuerte impresión de vacío y la soledad mordía feroz en su corazón tan maltratado y peor comprendido”(p.120).

En la obra de López Almagro, como también en Baroja (Llanos de los Reyes, 2002), se da el gusto cervantino por la presentación de los personajes en contraste. El talante prudente y angelical de Josefica se opone al de la Chispa –a la que vemos hacer de Diablo en un juego–; esa niña que siempre quiere destacar y se enfada continuamente con las demás, pensando que todas conspiran contra ella. La cándida y desinteresada tía Reonda, madre de Colasín, choca con su cuñada, la tía Facorra; ahorrativa, viva y sin escrúpulos. La amargura del tío Mohíno se opone al optimismo de su hermano, el tío Leña. La inteligencia, nobleza y valentía de Colasín, que destaca en los juegos y es héroe de Josefica, se opone a la cobardía del niño rico y consentido, que está caracterizado con todos los rasgos del más vil antagonista. Pero, estos contrastes también se producen de forma individual en ciertos personajes que escapan por su verosimilitud y evolución a los tipos costumbristas. Así sucede con el tío Leña; el personaje que –por oposición al padre– más influye en Colasín y que, siendo un huertano experimentado, conserva aún el optimismo de juventud. Este personaje es el único que sufre una retrospección para explicar el origen de su apodo, en un capítulo risueño que interrumpe la historia principal para evocar el cortejo entre los jóvenes huertanos de antaño. También él destacaba de joven en gallardía frente a las mozas y sabía luchar con valentía contra sus rivales, sembrando el pánico al grito de “leña” entre los mozos del partido de la Era Alta, convirtiéndose –como Colasín– en un héroe para los muchachos de la Puebla. Pero la edad había ahondado en su pachorra natural y ese grito se había transformado con el tiempo en mera muletilla, empleada en todo momento por un viejo bonachón y simpático, siempre dispuesto a ver el lado positivo de las cosas, que se describe también con sus defectos de socarronería, testarudez e ignorancia en la novela. Asimismo, hallamos una caracterización más compleja en esas mujeres de su familia que, marginadas por su condición femenina, Colasín siente cercanas justo en el momento en que su evolución le permite comprenderlas: Rosa y la tía Reonda. Así, la presumida y coqueta hermana, egoísta y totalmente ajena a Colasín en los primeros capítulos, nos mueve a compasión cuando, abandonada por el novio y embarazada, empieza a ser señalada por el pueblo. Y, sobre todo, la madre, considerada por Colasín “aquella Dorá, la vaca silenciosa e infatigable que rezuma bondad por los ojos” (p.76), totalmente animalizada –como el tío Mohíno– al principio de la novela y demasiado pasiva y permisiva con su prole, no nos deja ver su humanidad y ternura hasta el capítulo XXI, cuando Colasín llega a entender su generosidad y sacrificio; transformada ahora para él en una luz mística que le abre el camino entre tanta tiniebla, en “un bendito crisma maternal”, que le da esa fuerza heroica para querer superarse a sí mismo y realizar esa rotunda afirmación de esperanza que cierra la obra.

En esa mezcla de realidad y ficción tan grata al autor, algunos personajes muestran también en sus caracterizaciones una clara influencia de nuestra literatura clásica; fenómeno recurrente en las obras de los autores de principios de siglo XX. Azorín afirmaba: “Nos vemos en los clásicos a nosotros mismos. Por eso, los clásicos evolucionan: evolucionan según cambia y evoluciona la sensibilidad de las generaciones” (1998: 697-698). Ya en el primer capítulo, el nacimiento de Colasín, hace un guiño explícito a *La vida es sueño*: “su padre lo recibió con un solemne taco de malhumor que, a ser entendido por el pobre infante, lo hubiera impulsado a dar la razón a Segismundo en aquello de que nacer es un pecado...” (p.15) y acaba con ese oscuro enfrentamiento de las comadres tan próximo a las brujas de Macbeth: “Gritos, denuestos, chillidos de corneja, tirones de pelo; tal era casi siempre el final de estos aquelarres” (p.19); personajes que reciben, tal vez, una nueva evocación indirecta con el triunfo del libre albedrío sobre el destino en el “Yo romperé la costra” de Colasín del capítulo XXI. Esos romances de “mujeres charrangueras”, como el de *Carolinita* que se canta en el capítulo IX, que tanto enfada a la Chispa –representante de esas mujeres que se llaman “decentes”– también pudiera relacionarse con la caracterización de Rosa. Y, por supuesto, encontramos un claro eco de Celestina en la tía Blasa; esa viuda vieja y fea, digna de un satírico “epigrama de Villergas”, que protege a Colasín del mal de ojo y que tanto miedo y curiosidad despierta en su corazón por los rumores de brujería. Esta se nos ofrece desde varias perspectivas en la obra (la de las hipócritas comadres, la del tío Leña, la de Rosa). Colasín, tras escuchar los cuentos de brujas del tío, llega a verla literariamente con todo el alarde sobrenatural del que es capaz la imaginación de un niño. Pero, cuando penetramos en su casa reparamos en su auténtico rostro; el de una mujer sola y pobre, que afronta con temor las humillaciones de los desaprensivos que van a buscarla en mitad de la noche y que pudieran, incluso, acabar con su vida, como ya se ha dado el caso de esa pobre muchacha de Sangonera a la que han violado y asesinado brutalmente un grupo de hombres, poniendo la excusa de su brujería para librarse del castigo. En ese “No hay como unos pantalones, hija mía; que a nusotras, ni naide nos mira, ni naide nos respeta” (p.133) que la tía Blasa suelta a Rosa –muchacha que, en plena noche y con la única compañía de su hermanillo, también ha sentido temor ante los requerimientos obscenos procedentes de esas sombras masculinas de la taberna (p.132-133)–; se encierra una reivindicación sobre el rol de la mujer que seguimos sintiendo muy actual.

Como afirma Ramón Jiménez Madrid, *Colasín* rompe, en definitiva, “con la larga tradición de novelas o escenas costumbristas ya sancionadas por el tópico” (1990: 231). Compartimos con este autor que el realismo de la obra y su espíritu crítico, de raigambre regeneracionista y unamuniana, la diferencian claramente de esa tradición

regionalista que en el XIX iniciaran Blanco y García, Díaz Cassou o Martínez Tornel y que encontrara en Luis Orts –contemporáneo de Almagro y huertano como él–, uno de sus mejores continuadores. La huerta de *Colasín* ofrece un cuadro profundamente verosímil en el que no hay añoranza ni búsqueda de inmutables valores eternos, sino deseo de progreso, de cambio hacia una situación más justa para el huertano que sufre. Hemos apuntado que el mismo autor implícito vigila, dentro de la ficción, que el narrador omnisciente no se deje llevar por un excesivo idealismo. Pero esa reivindicación social de talante regeneracionista se consigue, además, sin mermar un ápice ese amor a la tierra que defendiera el regionalismo auténtico de Pereda: “el lenguaje y el estilo no solamente han de ser la vida que dé movimiento y color al cuadro literario, sino el alma que le infunda expresión, fisonomía y carácter propios e inequívocos” (Menéndez y Pelayo, Pereda y Galdós, 1897: 136). Las voces dialectales y los usos huertanos no se introducen para evocar, adornar o crear un espacio colorista y pintoresco. Procedentes de la observación fiel y auténtica del habla murciana, configuran la forma de pensar y desenvolverse de los personajes dentro de la ficción. Y todo ello con independencia del gran valor testimonial que posea para los lectores de todos los tiempos.

Nuestro autor pone el regionalismo al servicio de la formación de su rebelde y dinámico protagonista. Los finos cuadros costumbristas y la gran cantidad de tipos y caracteres que deambulan por la obra quedan –como hemos visto en su relación con Baroja– unidos sólidamente por la mirada de Colasín, que va llenándose y aprendiendo en todos ellos; siempre avanzando en su proceso madurativo y comprensivo. La estructura narrativa así nos lo muestra, con esos cuatro momentos acabados en intensos clímax que empujan al niño hacia esa heroica afirmación final, la cual enciende la esperanza de superar la injusticia y la ignorancia vivida por medio del conocimiento y la cultura. Con el futuro “yo romperé la costra” se apunta, además, la posibilidad de continuación –Cánovas Albarracín pensaba que era al final, cuando Colasín se mostraba dispuesto a luchar con la vida, cuando debía propiamente empezar la obra (Jareño. 1990: 159)–, y sabemos que a su muerte López Almagro dejó el esbozo de una segunda parte que se iba a titular significativamente *La rotura de la costra* (Jareño. 1986: 75). La alentadora incertidumbre de esas historias interrumpidas que tanto gustaban a Azorín, en relación con lo que los noventayochistas sentían sobre la historia de la propia España, bien pudiera definir el efecto final de *Colasín*:

¿No recordáis el extraño encanto de los romances –así el del Conde Arnaldos– que terminan abruptamente, como si algo que no sabemos lo que es, que puede ser fausto o trágico, hubiese hecho enmudecer al autor? “Lo inacabado –ha escrito Azorín– tiene un profundo encanto. Esta fuerza rota, este impulso interrumpido, este vuelo detenido, ¿qué hubieran podido ser?” (Laín Entralgo, 1945: 427-428).



## Bibliografía:

- Azorín (1998). “Nuevo Prefacio” a *Lecturas españolas*. En Miguel Ángel Lozano Marco (ed.), *Obras escogidas II, Ensayos*, Madrid, Espasa, p. 697-698.
- Baquero Goyanes, Mariano (1993). *¿Qué es la novela? ¿Qué es el cuento?* Murcia, Secretariado de publicaciones de la universidad de Murcia, 2ª edición.
- Candel Quesada, Mercedes (2021). “Regionalismo murciano en las novelas de finales del XIX y principios del XX”. *Tonos digital: Revista de estudios filológicos*, nº41. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/10201/111054> (último acceso:22/08/2022).
- Cano Benavente, José (1986). *Alcaldes de Murcia (1866-1939)*. Murcia, Ayuntamiento de Murcia.
- Caro Baroja, Pío (ed.) (2007). Pío Baroja, *El árbol de la ciencia*. Madrid, Cátedra, Letras Hispánicas, 22ª edición.
- Costa, Joaquín (1975). *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*. Edición digital basada en la edición de Madrid, Revista de Trabajo. Recuperado de: <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmzcz7w1> (último acceso: 21/08/2022).
- Díez de Revenga Torres, Francisco Javier (ed.) (1985). Vicente Medina, *Aires murcianos* (recopilación completa 1898-1928). Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 2ª ed.
- Díez de Revenga, F. J y De Paco, M. (1989). *Historia de la literatura murciana*. Murcia, Universidad de Murcia, Secretariado de Publicaciones, Academia Alfonso X el Sabio, Editora Regional.
- Franco Manzano, Juan José (2015). “Educación, maestros y escuelas en Puebla de Soto: la figura del pedagogo López Almagro”. En Montes Bermúdez, Ricardo (coord.), *Maestros y escuelas en la Región de Murcia, 1750-1950*. VIII Congreso de Cronistas Oficiales de la Región de Murcia. Murcia, Nausícaä, 211-218.
- Jara Carrillo, Pedro (1964). *Las Caracolas. Novela regional de costumbres murcianas* (Tomo I). Murcia, Sucesores de Nogués, 2ªed.
- Jareño López, Jesús (ed.) (1985). José López Almagro, *Horas de soledad*. Murcia, Tipografía San Francisco.
- Jareño López Jesús (ed.) (1986). José López Almagro, *La educación del porvenir*. Murcia, Editora Regional de Murcia.
- Jareño López, Jesús (ed.) (1990). José López Almagro, *Colasín (boceto de novela regional)*. Murcia, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- Jiménez Madrid, Ramón (1990). *Narradores murcianos de antaño (1595-1936)*. Murcia, Universidad de Murcia, Academia Alfonso X el sabio, Editora Regional.

- Llaín Entralgo, Pedro (1945). *La Generación del Noventa y Ocho*. Madrid, Diana [Artes Gráficas]. <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcf7882> (último acceso: 22/08/2022).
- Llanos de los Reyes-García, Manuel (1991). *Pedro Jara Carrillo. El escritor y su obra*. Murcia, Academia Alfonso X el Sabio.
- Llanos de los Reyes-García, Manuel (2002). “Sobre los personajes y su técnica de caracterización en El árbol de la ciencia”. *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, 20. Recuperado de: [http://webs.ucm.es/info/especulo/numero20/arbol\\_c.html](http://webs.ucm.es/info/especulo/numero20/arbol_c.html) (último acceso 19/08/2022).
- Martínez Arnaldos, Manuel (1993). *La novela corta murciana. Crítica y sociología*. Murcia, Academia Alfonso X el Sabio.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino; Pereda, José María y Pérez Galdós, Benito (1897). *Discursos leídos ante la Real Academia Española en sus recepciones públicas del 7 y 21 de febrero de 1897*. Madrid, Tello, 99-147. Edición digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Moragues Chazarra, M<sup>a</sup> Ángeles (2016). “Castillo Puche y el legado barojiano”. Monteagudo: *Revista de Literatura Española, Hispanoamericana y Literatura Comparada* (3<sup>a</sup> época), 21, 265-274. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/10201/49758> (último acceso: 19/08/2022).
- Navarro Ortiz, Domingo (2005). “López Almagro desde una triple perspectiva: sociolaboral, educativa y religiosa”. *Carthaginensia. Revista de Estudios e Investigación*. vol. XXI, 39, 175-202.
- Sánchez Bautista, Francisco (1987). “Vicente Medina, poeta social”. En Díez de Revenga, F. J y De Paco, M. (eds.), *Estudios sobre Vicente Medina*. Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 159-170.
- Villanueva, Darío (1992). *El comentario de textos narrativos. La novela*. Gijón, Ediciones Júcar, 2<sup>a</sup> ed.